



El trayecto profesional de una cuidadora pikleriana



Judit Kelemen, HUNGRÍA

RESUMEN

Para mí la pedagogía Pikler se construyó durante la práctica. Pude aprenderla en el día a día entre los niños, a través de los detalles más pequeños. Tuve la experiencia directa del efecto que tiene tanto en los niños que me habían sido confiados, como en mí, adulta. Mientras, pude sentir el apoyo y sostén constante de mis colegas. Compartieron incondicionalmente sus experiencias y su conocimiento, que también me ayudó en la profundización de mis conocimientos teóricos.

PALABRAS CLAVE: trabajo en equipo, confianza, coreografía, cambio interior, autorreflexión, satisfacción

ABSTRACT

From my point of view, Pikler Pedagogy was built during practice. I could learn it on day-to-day among children, through the smallest details. I had the direct experience of the effect it has not only on the children that had been entrusted to me, but also for me, as an adult. Meanwhile, I could feel my colleagues' continuous help and support. They shared unconditionally their experiences and knowledge, which also helped me in the deepening of my theoretical knowledge.

KEYWORDS: Team Work, Trust, Choreography, Inner Change, Self-reflection, Satisfaction.

CUIDAR DE BEBÉS Y NIÑOS PEQUEÑOS

En mi familia yo fui la primera en elegir una profesión relacionada con niños pequeños. Siempre me había gustado estar con niños pequeños, observarlos, jugar y hablar con ellos. Cada ocasión era una fuente de alegría para mí. Desde muy joven había decidido que de mayor me dedicaría a los niños. Al llegar la hora de elegir mi carrera empecé a buscar entre las diferentes posibilidades. En un anuncio del periódico se buscaban chicas jóvenes para cuidar de bebés y de niños pequeños. “¿Bebés y niños pequeños? ¡Ese es mi sitio!” Me dispuse de inmediato; no me detuvo ni el hecho de tener que dejar mi ciudad natal para ello. Cuando crucé por primera vez el umbral de la casa cuna la institución todavía no llevaba el nombre de Emmi Pikler. No sabía que había llegado a parar a un lugar donde se habían acumulado décadas de conocimiento sobre pedagogía infantil y sobre el desarrollo de los primeros años de vida. No sabía que los niños que vivían en la casa recibían un trato basado en las ideas de esta mujer. Como nunca antes había oído hablar de ella, mi primer encuentro con su aproximación fue pura casualidad.

Todo fue nuevo para mí durante las primeras semanas. Anteriormente, en mi entorno había visto que a los niños se les enseñaba a sentarse, a ponerse de pie y a andar. Creí que eso era lo natural, no sabía que los niños podrían aprender a sentarse y a caminar igual-

mente si el adulto no interfería en su desarrollo motor. Incluso a lo largo del desarrollo motor, ¡cuántas fases existen, que son mucho menos conocidas o, mejor, desconocidas! Fue aquí en Lóczy donde aprendí a ver la armonía y la seguridad del niño que aprende a caminar y a sentarse por sí mismo. Así comprendí que el niño que tiene la oportunidad de practicar sus movimientos según su propio ritmo e iniciativa, aprende a dominar su cuerpo. Para mí fue inusual que a los niños les gustara vestirse. Siendo estudiante de secundaria había trabajado durante las vacaciones en una escuela 3-6 y había visto lo difícil que era para algunos padres vestir a sus hijos. Aquí en la casa cuna no había conflicto ni lloros para ponerse la camisa o los zapatos. Los niños intentaban ellos mismos con ganas ponerse o quitarse las prendas. Todo parecía tan sencillo, tan redondo. No me cabía duda de que era la manera correcta y verlo así fue un inmenso placer. Sentí gran delicadeza y coherencia en cómo estaban las cuidadoras con los niños.

LA ADAPTACIÓN

En esta época pude empezar a realizar tareas de ayuda para la cuidadora principal: fuí cuidadora del baño. Pude observar el día a día; el trabajo que se hacía. No podía cuidar a los niños, no podía subirles los pantalones, no podía ni limpiarles los mocos. Naturalmente si un niño me pedía que le atase los cordones de los zapatos eso sí me estaba permitido, e incluso podía responder a sus preguntas. Pero yo, cuidadora de baño, no podía iniciar una relación. Mi tarea se reducía a una presencia discreta y a estar a su disposición. La adulta que estaba con los niños tenía que saber todo lo que yo hacía, pues era la responsable de todos ellos. En realidad era ella quien me decía qué hacer y cuándo; ella me asignaba las tareas, como por ejemplo, preparar los juguetes en el jardín o cortar las manzanas. Cuando por primera vez me pidió vigilar unos minutos a los niños en el jardín, además de darme una gran alegría, fue motivo de orgullo para mí. Recuerdo un incidente, que no ocurrió conmigo, pero que revela en qué medida estaba claro para los niños lo que era aquel papel, que desde fuera quizá podría parecer estricto. Cuando una cuidadora del baño pidió a Petra, que se había quitado los zapatos en el jardín, que se los volviera a poner, Petra le respondió: *“Tú no puedes decirme eso, tú eres del baño.”*

Seguramente ahora mucha gente puede cuestionar qué necesidad hay de este período. Creo que esta es la primera fase del proceso de adaptación, cambio y aprendizaje de la futura cuidadora pikleriana. El pen-

samiento pikleriano precisa un cambio interno; que seamos capaces de ver los eventos desde la perspectiva del niño, que pongamos sus sentimientos antes de los nuestros. Se trata de desistir de ser la primera. La candidata puede decidir si desea de verdad este cambio interno durante esas semanas en las que trabaja como ayudante del baño. También tiene una función de filtro, ya que si no acepta el trabajo porque decide que no es para ella, los niños quedan protegidos de tener que separarse, nada más haber entablado una relación con ella. Al no tener tanta responsabilidad durante estas primeras semanas, quizá resulte a estas chicas jóvenes más fácil decidir lo que quieren. En este primer período de su adaptación, la cuidadora aspirante no solo decide si puede y quiere trabajar en este sitio. También aprende muchas cosas que le ayudarán en su futuro trabajo con niños. Aprende contención, atención verdadera, que hay que escuchar a las que tienen experiencia, etc. Yo también me sentí bien en esta primera época. No lo entendía todo pero acepté que aquí las costumbres eran estas. Sentí que me ayudaban las tareas concretas, las expectativas concretas respecto a mi comportamiento. Esto no era fácil para todas. Muchas de mis colegas con experiencia recuerdan sus primeros meses con el corazón en un puño. Tuve una compañera que no se quedó con nosotras, porque le disgustó tener que comportarse de manera tan reservada. No es fácil para una chica joven a la que le gustan los niños y quiere ser cuidadora comprender por qué no podíamos tomar la iniciativa.

A mí me ayudó a superar la frustración el hecho de que además de darme una expectativa a cumplir también me dieron una explicación. La actitud discreta era necesaria por el bien de los niños, pues al principio yo era una desconocida para ellos. Solo pude comprender la verdadera importancia de esta peculiar expectativa cuando ya se me permitía realizar los cuidados. Fue entonces cuando pude sentir la diferencia. ¡Qué importante es para los niños la atención y el interés del adulto a quien conocen bien, porque este conocimiento les da seguridad! ¡Qué importante es el papel de las situaciones de cuidado, donde ambos pueden estar en intimidad y atender a las señales del otro lo más intensamente posible! Comprendí poco a poco que aunque el ámbito más importante de la relación son los cuidados, estos cuidados no acaban en el vestir o en el comer, sino que están presentes todo el día: cuando el niño juega alegremente y también cuando está cansado, cuando está triste o cuando pega a su compañero o cuando igual alguien le ha quitado su juguete. Lo que me llamó la atención fue que incluso

en los momentos más difíciles, los adultos respondían con calma. No abandonaban al niño malhumorado a su suerte, sino que intentaban poner palabra a sus sentimientos y mostrar comprensión hacia él. Recibía apoyo cuando se hallaba en dificultad; por ejemplo, la cuidadora se acucillaba junto a él y le acariciaba, y si lo necesitaba, le levantaba en brazos, incluso si había hecho algo malo. Me agradó especialmente que no se enfadaran con los niños.

Para mí uno de los pensamientos piklerianos más importantes es que los cuidados llenos de atención, interés y comprensión, dan alegría y tranquilidad a niños y a adultos. Esta rica compañía nutre emocionalmente al niño. Le ayuda a hacer sus cosas de manera activa y autónoma en su tiempo de juego, a encontrar placer en su propia actividad. Le ayuda a querer hacer cosas, a ejercitarse, a ponerse metas.

Anhelaba el momento en que pudiera ponerme a prueba y realizar los cuidados a los niños. Recuerdo claramente cuando la cuidadora principal de la sala me preguntó si quería quedarme. *“¿Era de mi agrado lo que había visto hasta entonces? ¿Tendría ganas de aprenderlo todo?”*

EL APRENDIZAJE

Cuando pude empezar a vestir y dar de comer a los niños, la cuidadora principal siempre estaba a mi lado. Yo era ahora una aprendiz. Este período de aprendizaje fue la segunda etapa para convertirme en cuidadora y constituyó un nuevo reto para mí. Poner en práctica todo lo que había visto no era nada fácil. Ni aun siendo gradual. ¿Cuál era el proceso? Primero debía tan solo observar al primer niño. Cómo juega, cómo come, cómo se viste, cómo es su relación con la cuidadora. Intenté memorizar sus costumbres. Sólo después comencé a dispensarle los cuidados. Mientras, ya había empezado a observar al segundo niño y después de algunos días ya pude cuidarle a él también. Y así continuó, hasta que al cabo de seis semanas, pude cuidar a todos los niños del grupo, ocho en total. Lenta y gradualmente, con paciencia, llegué a conocer a los niños, y ellos también tuvieron tiempo para conocerme a mí. Intenté hacerlo todo tal y como lo había visto en mi compañera experimentada. Intenté acoplarme a los niños y al mismo tiempo realizar el objetivo de los cuidados, por ejemplo, poner un pañal. Recibí apoyo constante de mi institutriz; > 1 discutimos y analizamos muchas situaciones mientras los niños dormían.

Pero, ¿qué pasaba?, ¿por qué no me levanta el pie cuando se lo pedía?, ¿por qué no me sonreía?, ¿acaso

los niños habían cambiado? Todavía faltaba mi transformación interna; lo vivía todo sintiendo lo difícil que me resultaba. Para ayudarme, la cuidadora que me instruía me dió ciertas respuestas que iniciaron en mí el proceso que me llevaría a pensar desde el punto de vista de los niños.

“No levanta el pie porque no le has dado tiempo. Querías que lo levantara cuando todavía estaba observando su botón. Espera un poco, toma en cuenta lo que él quiere.”

“No sonrío porque todavía no te conoce, no confía en ti.”

“Te sonrió, pero no lo notaste porque estabas ocupada poniéndole el pañal.”

Fue cuando me dí cuenta de cuánto esfuerzo había detrás de semejante soltura. Esto me estimuló a querer aprender todavía mejor cada minúsculo detalle de ese gran total que hoy conozco y que llamamos aproximación pikleriana. Mi camino para comprenderla se inició en los cuidados. Fue a través de ese trabajo que llegué a comprender a los niños, a construir el mundo pikleriano, además de necesitar también muchas vivencias, experiencias y aprendizaje teórico.

Ciertamente al principio trabajar con niños proporciona alegría. Para ser capaz de estar entre ellos con placer incluso después de varios años, para no volverme indiferente, necesito, ante todo, seguridad. A mí los pensamientos piklerianos me proporcionan seguridad. Creo que comencé a desarrollar un sentimiento de seguridad como cuidadora cuando, como primer paso, empecé a aprender la manera en que debía observar a los niños. Paralelamente iba aprendiendo la técnica, la práctica diaria. ¿Qué es eso que llamamos técnica? Por ejemplo, practicar con un muñeco los movimientos con los que tocaremos, levantaremos y cogemos en brazos al bebé. Pero el orden en que los eventos suceden en la vida del niño también forma parte de la técnica. Por ejemplo, los cuidados encadenados, es decir, la sucesión ininterrumpida de varias acciones de cuidado. Al bebé primero le doy de comer, luego le cambio el pañal, le visto y finalmente le llevo a dormir. La continuidad ayuda a evitar que interrumpamos su juego; la actividad autónoma del niño. También permite tener más tiempo durante los cuidados. Si tenemos tiempo el uno para el otro nos podremos conocer mejor, podremos tener conversaciones más sustanciosas, el niño tendrá más tiempo para intentar vestirse o desvestirse y tendrá oportunidad de ocuparse de lo que le interesa; por ejemplo, si quiere puede mirar el diseño en su calcetín antes de ponérselo.

LA OBSERVACIÓN Y REFLEXIÓN

Cuando ya me hice más hábil con la técnica pude concentrarme mejor en la observación y en los gestos de los niños. Esto se convirtió en una importante parte de mi trabajo diario. Cada día compartía con mi compañera lo observado para discutirlo y comprenderlo juntas. El resultado de la observación del niño es que llegamos a conocerle. Si observo que una niña tiene en su puño un pañuelo lila mientras se chupa el pulgar, entonces llego a conocer una importante costumbre suya. Cuantas más costumbres llego a observar y recordar, tanto mejor conoceré a la niña y sus necesidades. Conocer las costumbres me da seguridad para saber qué debo hacer en determinadas circunstancias. Por ejemplo, antes de poner a la niña a dormir, buscaré su pañuelo y se lo daré, porque sé, que es con lo que suele dormirse.

Para poder dar seguridad emocional a los niños, para poder tener en cuenta sus necesidades de la mejor manera y responder apropiadamente, no basta una actitud interna, ni bastan los largos años de experiencia. Necesito autorreflexión, romperme la cabeza con problemas nuevos y menos nuevos. Necesito aprender de los niños, aprender de mis compañeras, aprender de las situaciones.

Para mí es importante recibir feedback también de los profesionales que no trabajan directamente con los niños en mi sala. Ellos, que miran las situaciones desde fuera, las ven desde otra perspectiva. Tomar en cuenta las ideas y opiniones de las compañeras ayuda a establecer relaciones, aceptar y comprender al otro. El elemento más importante del trabajo en equipo es que mi compañera y yo estemos de acuerdo, estemos bien avenidas y pensemos juntas el por qué de una situación y cómo resolverla. ¿Hemos dado suficiente apoyo al niño para que comprenda lo que le sucedió a él y a su alrededor? Si podemos compartir nuestra alegría y hablar sobre las dificultades con alguien, también será más fácil encontrar soluciones. El equipo comparte la responsabilidad; la causa es común. Nuestra actitud compartida es que siempre tomamos en cuenta en qué punto de desarrollo se encuentra el niño en cuestión y nosotras, adultas, nos acoplamos a él. El trabajo en equipo incrementa mi autoconfianza y me ayuda a seguir haciéndolo mejor.

Para realizar unos cuidados de calidad es importante buscar y encontrar respuestas a los porqués. Debemos comprender por qué hacemos lo que hacemos. Por ejemplo, cuando a un bebé le limpiamos la mano si la mete en la comida y se la ensucia, lo hacemos porque nuestra meta es que un día coma aseadamen-

te. Esto es una indicación, el establecimiento de una costumbre que le transmitimos desde el principio. Un pensamiento importante para alcanzar nuestra meta es la confianza. Confío en que un día llegará a comer aseadamente, pero no le apresuro, solo le apoyo limpiándole la mano. Hago yo misma lo que él hará un día, pues todos mis gestos y manifestaciones son ejemplos para él.

Uno de los pilares del trabajo de la cuidadora es su convicción en el futuro resultado, presente en toda situación. Quisiera señalar dos áreas importantes donde es difícil para el adulto confiar y creer que el resultado será bueno. Se trata del desarrollo del juego y del desarrollo motor. Nosotras que trabajamos aquí creemos que el niño es autónomo en el juego y en su movimiento. Es capaz de desarrollar su actividad por iniciativa propia, a su propio ritmo y a través de sus propias tentativas. Confiamos en el niño, por lo que somos capaces de contenernos y no intervenir de manera directa en estos procesos de desarrollo. Quedar atrás, dominarse y no intervenir son los resultados de una transformación interna. Quedamos en segundo plano, pero si se nos necesita, estamos a disposición. Estar a disposición no solamente significa que le bajamos en brazos por las escaleras si todavía no sabe bajar, significa también que estamos allí para él; siente nuestra atención; apoyamos sus tentativas con la palabra, si es necesario, por ejemplo: *“puedes poner la mano en el peldaño, puedes agarrarte en la valla.”*

Estar a disposición puede significar un cambio de miradas o una sonrisa cuando el niño nos lanza una mirada mientras recoge aros en un cesto. Estos momentos le ayudan a sentir que no está solo, que está en un entorno seguro, porque puede contar con el adulto. Así se desarrolla y fortalece la confianza del niño en el adulto. Si la cuidadora es capaz de confiar en el niño, ha dado un gran paso en su identificación con los pensamientos piklerianos. Fruto de la autonomía y de la libertad del niño, de la confianza y la atención del adulto, el niño tendrá sus propios proyectos. Por ejemplo, en la manera de incorporarse a la posición sentado: dónde lo intenta, cómo lo practica, en qué postura encuentra su equilibrio. Se evidenciará en la tranquilidad y creatividad del niño; en su manera de edificar con vasos; en su capacidad de decidir y de asumir la responsabilidad si, por ejemplo, no quiere seguir comiendo; en que compartirá su alegría con el adulto, convirtiendo así la alegría de lo hago yo en alegría compartida.

Emmi Pikler no utilizó en sus libros y escritos la palabra respeto. A pesar de ello, siento en cada pen-

samiento suyo el reconocimiento y el aprecio hacia el otro. Con mi actitud y con mis actos quiero responder al sentimiento de verdadero respeto. Creo que respeto al niño si transmito este respeto no solo con mis palabras sino también con mis actos. Si quiero pedirle el vaso, además de mis palabras, mis gestos también tienen que pedir. Mis manos esperan el momento en el que el niño accede y lo da. Para mí, respeto significa que siempre y cuando sea posible, hago las cosas con el consentimiento del niño. Tomo en cuenta sus ideas también. Me fue difícil aprenderlo, tuve que cambiar. Tuve que aprender a controlar mis gestos, hacerlos más lentos. Recuerdo cuando me observé en una grabación y me dí cuenta de lo rápido que le limpiaba la boca a una niña con el babero. Vi que esto le cogió de improviso; no tuvo tiempo de prepararse. Me sentí mal. Empecé a observarme a mí misma. Esperé conscientemente, di tiempo a los niños para que pudieran prepararse y afiné mis movimientos y los hice más lentos. Hoy día el gesto amable ya me resulta natural incluso en una situación difícil.

No es fácil formular de dónde partí y a dónde he llegado en el recorrido de los pensamientos piklerianos. Siento que esta concepción me ha ayudado mucho a estar a gusto entre los niños, tanto en los momentos felices como en los difíciles, a ser más receptiva y comprensiva con los demás. Los pensamientos a los que he intentado poner palabra me ayudaron. Fueron puntos cardinales para mí. Naturalmente, no pude completar la lista: autorreflexión, seguridad, confianza, aplomo, observación, trabajo en equipo, técnica, etc., etc. Solo pude comprender su profundidad durante mi trabajo en la casa cuna. La comprensión me ayudó a identificarme con estas ideas. Ellas me siguen planteando nuevas preguntas cada día, no dejan que me canse o me vuelva indiferente. Desde que se cerrara la casa cuna, > 2 siguen enseñándome en la escuela infantil donde trabajo.

El camino que recorrí en la casa cuna y que recorro hoy en la escuela infantil tiene para mí el mismo contenido. Se trata de los niños. Y mi tarea es confiar en ellos, procurarles las oportunidades apropiadas a su nivel de desarrollo para sus tentativas, compartir sus alegrías y encontrar soluciones a sus dificultades.

Ayudarles a comprender sus sentimientos, las normas de convivencia, las costumbres sociales. Pero sobre todo, cuidarles durante ese tiempo en que no pueden estar con sus padres, de modo que siempre sientan que pueden contar conmigo. Para mí son importantes, tanto ellos como todo lo que ocurre con ellos.

”El amor, los cuidados tienen que envolver al niño como un baño cálido.” Emmi Pikler



NOTAS

> 1 Es la cuidadora principal de cada grupo quien enseña a la aprendiz.

> 2 En Hungría el sistema de red de asistencia infantil ha cambiado y como parte de este cambio se cerraron casas cuna. La casa cuna de la calle Lóczy se cerró en 2011.

Artículo terminado el 30 de Septiembre de 2015

Fechas: Recepción 04.10.2015 | Aceptación 21.09.2016

Kelemen, J. (2016). *El trayecto profesional de una cuidadora pikleriana*. RELAdEI (Revista Latinoamericana de Educación Infantil), 5 (3) Monográfico Pikler-Lóczy, 36–40. Disponible en www.reladei.net



Judit Kelemen

Escuela Infantil Emmi Pikler de Budapest, Hungría
juttid68@gmail.com

Trabaja en el Instituto Pikler desde 1986, donde empezó como cuidadora. Entre 2006-2009 realiza tareas de supervisión en la casa cuna, a la vez que participa dirigiendo algunos grupos de padres y niños Pikler en el espacio JátékTér. Desde 2009 es cuidadora en la escuela infantil Pikler.

Toma parte activa en la formación y entrenamiento de cuidadoras y en la elaboración de diferentes materiales profesionales de la escuela. Dirige y coordina talleres y cursos de formación tanto para padres, a quienes apoya y ayuda, así como para profesionales de la educación temprana. Participa regularmente en cursos y conferencias internacionales en las que participa dando charlas y ponencias.